

FUERZAS MUNDIALES Y DESORDEN REGIONAL EN EL CERCANO ORIENTE

«Los rusos tienen mucho que ganar usando a las naciones no comunistas, pero antioccidentales, para destruir el equilibrio de poder y crear dificultades a los Estados Unidos; pero tienen mucho que perder si las dificultades crean una guerra que ellos no pueden controlar.»

MAX LERNER.

«El Occidente desprecia a los árabes desde 1948, y aun mucho antes de este período. El Occidente siempre ha ignorado nuestros derechos.»

Presidente NASSER.

I.—ACTUALIDAD DEL ORIENTE MEDIO.

En una obra aparecida en 1958, y que provocaba en Estados Unidos un considerable movimiento de atención, el general James M. Gavin escribía: «El Oriente Medio es una región donde se juntan Europa, Asia y Africa. Este solo hecho, que hace de él una especie de puente, subraya su capital importancia... Es evidente que el centro de gravedad de la defensa de Europa y de Africa se ha desplazado profundamente hacia el Sur». Y advertía que en los próximos años se haría evidente—en el caso de que no lo fuera ya entonces—*que el Oriente Medio es la llave de Africa y que Africa constituye la llave de la defensa de la Europa Occidental*. René Vallet sostenía—en el mismo año y en la excelente *Revue de Défense Nationale*—que el General Gavin tenía razón...

Actitud que sigue teniendo plena vigencia. En un reciente libro publicado en Francia, debido a F. O. Miksche, hemos leído lo siguiente: «La historia

de los años 1970-1980 podría ser, en el fondo, la de una gran partida de *poker* entre los Estados Unidos, la China roja y la Unión Soviética, rivalidad de potencia donde se decidiría el futuro de Asia, de Africa y hasta de Iberoamérica. La puesta de esta gigantesca partida—la mayor de todos los tiempos—sería también, infaliblemente, la de la Europa Occidental». Pues bien, dentro de estos augurios se asegura que no es detrás del *telón de acero*—es decir, entre el Báltico y el Adriático—donde se jugará el destino de Europa, sino entre el golfo Pérsico y la costa atlántica de Marruecos. *El espacio vital de la Europa Occidental es el Mediterráneo y el Cercano Oriente*. Y en tal ruta, contemos con que—a juicio de Miksche—la evolución del mundo árabe marcará el futuro de la cuenca del Mediterráneo.

En fin, como declaraba el 23 de mayo el Presidente Johnson, el Oriente Medio constituye «una *encrucijada* entre el Este y el Oeste».

II.—UNA ZONA DE INSEGURIDAD.

Pues bien, establecida la importancia del Oriente Medio en la actual dinámica internacional, se impone señalar el dato esencial de esta región: el *vacío de poder* surgido con la evacuación de las posiciones europeas en la zona.

Tal situación se ha complicado con la existencia de un estado de inseguridad, generado por el enfrentamiento entre algunos de los integrantes de la zona en cuestión: el mundo árabe e Israel. Como decía el representante de España en la O. N. U.: *desde que se creó el Estado de Israel, hay una guerra latente en el Oriente Medio*.

En efecto. Una de las más profundas raíces de la agitación del Cercano Oriente ha sido la negativa de los dirigentes árabes a admitir en su región un Estado no musulmán: Israel. «*No aceptamos ninguna clase de coexistencia con Israel*—afirma Nasser, en una conferencia de Prensa, el 28 de mayo—, *pues la creación misma de este Estado constituye una agresión contra los árabes*».

Hostilidad hacia Israel, que representa para el mundo árabe dos valiosos medios: a) un instrumento de consolidación del poder de los dirigentes, y b) un factor—si no el factor fundamental—del entendimiento interárabe, por

encima de divergencias políticas e ideológicas. A este respecto, recordemos cómo hablaba el rey Faisal, de Arabia, a fines de mayo: «Cualesquiera que sean las divergencias que pueden existir entre las naciones árabes sobre otros problemas, esto no impedirá la más entera cooperación entre ellas para conjurar la agresión de Israel».

Enfrentamiento que ha tenido—como todos sabemos—tres choques directos: en 1948, en 1956 y en 1967. Este último ha sido el resultado de una frenética escalada de medidas anti-Israel (y de «solidaridad» árabe) que, partiendo del hecho de un ataque respuesta armado israelí al territorio sirio (7 de abril) culminaba, el 5 de junio, con el estallido de las hostilidades entre israelíes y árabes. Guerra en la que, como escribía acertadamente la *Frankfurter Allgemeine* (6 de junio), Israel luchaba por su existencia y que terminaba con una aplastante y humillante derrota del mundo árabe (la *guerra de los seis días*). Como se ha indicado por periodistas estadounidenses, los israelíes sabían que, si perdían esta guerra, su destino en manos de Nasser era «ser lanzados al mar». Hacia bien poco tiempo—el 26 de mayo—Nasser había proclamado: «Si Israel comete un acto de agresión contra Siria o Egipto, la lucha contra él será una lucha total... Nuestro objetivo fundamental será la destrucción de Israel».

* * *

Pues bien, dentro de ese contexto de agitación y de inseguridad en la escena interestatal del Cercano Oriente, ha de registrarse un punto cumbre: la atracción que sobre tal área han experimentado—por distintos motivos—las superpotencias, las cuales no han sido capaces de llenar el «vacío» existente con una política *constructiva*. Antes al contrario, se han visto *arrastradas* por los acontecimientos de la zona en lugar de imprimirles ellas su sentido (un sentido *ordenado*, se entiende).

Por supuesto, Rusia ha actuado dinámicamente—lo que no es sinónimo de eficacia—en la región medio-oriental, en el área árabe, etc. Por ejemplo, suministrando armas por doquier. La expansión y la modernización de las fuerzas armadas egipcias han sido enteramente realizadas por el mundo soviético. Siria ha estado recibiendo—con interrupciones ocasionales, debidas a lo que un periodista norteamericano ha llamado «el caos interno» de Siria—ayuda—económica y militar—soviética en gran escala y por espacio de años y años. Parejamente, Irak ha recibido de los soviéticos la mayor parte de su

armamento pesado. En Argelia, es una evidencia indiscutible el desarrollo del ejército a lo ruso (insistiendo sobre los carros y la aviación), la cooperación económica, etc. Y nada de puerilismos o de trivialidades a la hora de valorar este perfil. Nótese que, según R. Cartier, el total del material suministrado a los Gobiernos árabes del Oriente Medio por la Unión Soviética, etc., asciende a unos 180.000 millones de pesetas. Sólo el material destruido o capturado por los israelíes en el Sinaí importa unos 60.000 millones de pesetas.

Y a este respecto, se recuerda *el viejo plan de Lenin de cercar a la Europa libre por el Sur*. Uno de los que han recordado esta idea es F. O. Miksche. Otro es el general francés Bethouart. Bien recientemente—y en *Le Figaro*, de París—, este militar galo sostenía que el desarrollo de los armamentos soviéticos en un cierto número de países del Oriente Medio y de Africa del Norte es *uno de los problemas importantes para el futuro de Europa*. Un elemento clave de su argumentación es que los países rearmados por Rusia controlan, en todo o en parte, la llegada del petróleo al Mediterráneo. La conclusión de este autor es: casi todo el petróleo que llega al Mediterráneo pasa por países armados de *Migs* y de carros soviéticos...

Ahora bien, la trascendencia de este movimiento soviético no concluye ahí. La política no sólo tiene la vertiente de ir encaminada a crear una situación inquietante para la seguridad de toda Europa, sino también la de sostener una influencia soviética sobre el Africa central, etc.

* * *

Y la visión de «vacío de poder» en el Oriente Medio no cambia, a despecho de los *distantes* compromisos de Washington con los países periféricos del área (con Turquía, con el Irán, con Pakistán—sobre los que, con mayor o menor fuerza, flotan aires de independencia o de neutralismo—); de sus vinculaciones a determinadas actividades de la desvaída CENTO; de los preponderantes intereses estadounidenses en los países productores de petróleo en el Oriente Medio, y de la política de bases (Wheelus-Field, etc.).

Por lo demás, si bien existe una fuerza de un Estado occidental—no una fuerza occidental—atenta a la agitación en esa zona—la VI flota americana—, adviértase cumplidamente que, a pesar de la resuelta actuación de ella en algunos casos (el Líbano, 1958), la seguridad proporcionada por la célebre flota es—para algunos europeístas—*solamente condicional*: los EE. UU. no se comprometen más que por la defensa de intereses idénticos a los suyos (Apar-

te de que hoy los buques rusos también «saben» evolucionar en el Mediterráneo al mismo tiempo que la flota estadounidense).

III.—LAS SUPERPOTENCIAS Y LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS.

1. *El «compromiso» de la U. R. S. S. La reacción china.*

Pues bien, el desarrollo de la lucha árabe-israelí ha dado una jugosa lección: el mito de que grandes entregas de valioso armamento soviético eran suficientes para proteger por sí solas, contando además con la «protección» del país suministrador.

Cuestión que ha de desglosarse en facetas como: a) La creencia en la ayuda soviética, basada en asertos soviéticos del tipo de la declaración del Gobierno soviético difundida el 23 de mayo. En ella se afirmaba: «Nadie debe tener dudas: quien se atreviera a desencadenar una agresión en el Oriente Medio se encontraría no solamente con la fuerza unida de los países árabes, sino también con la decidida resistencia de la Unión Soviética». b) Las ilusiones árabes. Nasser aseguraba, a fines de mayo: «La U. R. S. S. se mantendrá a nuestro lado en la batalla y no permitirá ninguna intervención de ningún país».

Ahora bien, según entiende Roger Massip, Nasser ha ido demasiado lejos en la crisis medio-oriental, ha interpretado demasiado ampliamente las promesas de asistencia dadas por el Gobierno de Moscú a los países árabes. En todo caso, no se olvide cómo, con Raymond Cartier, «sabemos de una manera positiva que Nasser cerró el golfo de Akaba sin consultar con el Gobierno soviético y ni siquiera informarle».

Lo esencial es, más allá de toda conjetura, que si Moscú exhibía su bandera en el Mediterráneo, cuando comenzaban los golpes se abstenía de dar cualquier paso que pudiera ponerle en una situación comprometida.

E interesa notar, a este respecto, que ya en un artículo de J. Alsop, publicado antes del estallido de la guerra, se indicaba que los más capaces observadores del Gobierno estadounidense se hallaban casi absolutamente seguros de que los rusos no intervendrían en el asunto. Una posición que hacía recordar la postura soviética en la crisis de los cohetes cubanos, casi cinco años

antes. Incluso cabe echar mano del precedente de la actitud del Kremlin ante la expedición francobritánica a Suez, en 1956, conjugada con la invasión israelí de la península del Sinaí. Herman Kahn ha dicho que, a pesar de las advertencias formuladas por la U. R. S. S., ésta no hubiera intervenido—militarmente—a favor de los egipcios (a causa de inhibiciones, etc., que el autor ha estudiado).

Para M. Duverger, este «chasco» se inscribe en el cuadro de la coexistencia, en una larga serie de reveses soviéticos en la escena internacional. Es el gran riesgo de la contradicción de la política rusa. Como potencia comunista, la U. R. S. S. favorece y arma a las naciones antioccidentales y, como potencia mundial, *no se atreve a intervenir a favor de sus clientes y pupilos si las armas fracasan* (Max Lerner).

* * *

No obstante, si el apoyo militar no llegaba, sí llegaba ayuda. Esta se desarrollaba en el frente de la guerra política:

1. En el terreno de las ideas: *a*) Declaración del Gobierno soviético, tras la ruptura de las hostilidades, en la que se proclamaba «su firme apoyo a los Gobiernos y a los pueblos de la R. A. U., de Siria, del Irak, de Argelia, de Jordania y de otros Estados árabes», se condenaba la agresión israelí y se exigía del Gobierno de Israel el poner fin—inmediata e incondicionalmente—a las operaciones militares. *b*) Declaración del 9 de junio firmada por «los Estados hermanos socialistas» (siete, y sin asociarse Rumania), expresando la total simpatía de los países signatarios al mundo árabe, su solidaridad y la promesa de ayuda en defensa de la independencia nacional. Con lo cual—en boca de los soviéticos—, se ha confirmado, una vez más, que «la acción común de los países socialistas constituye un potente factor en la lucha contra las agresivas aventuras del imperialismo internacional». *c*) Decisión de la sesión plenaria del C. C. del P. C. de la U. R. S. S., adoptada el 21 de junio, y en la que se consigna que «la agresión de Israel es el resultado de un *complot* de las fuerzas más reaccionarias del imperialismo internacional—en el primer lugar, las de los Estados Unidos—, dirigido contra uno de los destacamentos del movimiento de liberación nacional, contra los estados progresistas árabes, que han tomado el camino de las reformas progresistas sociales y económicas en interés de los trabajadores y que llevan a cabo una política antiimperialista».

2. En el terreno de los hechos: *a)* Visita de Podgorny—presidente del Presidium del Soviet Supremo—a El Cairo (solicitada, dicese por el presidente Nasser, y destinada a elevar la moral de la opinión árabe y a poner a flote el prestigio del régimen egipcio), a Damasco y a Bagdad. *b)* Presencia de Kosyguin en las Naciones Unidas. *c)* Misiones del general Zakharov—jefe del Estado Mayor soviético—en El Cairo y del general Sokolov—primer viceministro de Defensa—en Siria (para estudiar los problemas de las fuerzas armadas, etc.). *d)* Ruptura de relaciones diplomáticas de la U. R. S. S. y otros Estados del Este con Israel.

En suma, el Kremlin se esfuerza por todos los medios diplomáticos concebibles el hacerse perdonar su política por los Gobiernos árabes, echando mano del apoyo verbal incondicionado, la intimidación, etc. Y que había descontento árabe en lo alto lo evidenciaba el viaje relámpago de Bumedian a Moscú en busca de explicaciones.

La realidad es que Moscú no tiene un fácil campo de maniobras. Puede ser que, como advierte Alsop, de un modo o de otro, los rusos se beneficiarían de la situación medio-oriental. Porque si Nasser fuese enteramente desprestigiado, los Estados Unidos y otros países occidentales serían denunciados por los árabes—cosa que ya ha ocurrido—con turbulencia por doquier (en lo que los rusos tendrían oportunidades para conseguir grandes ganancias). Mas piénsese que el desprestigio de los Gobiernos árabes habría sido precedido, inexorablemente, del fracaso del apoyo ruso, tras haber pasado por este trascendental dilema: capitular de nuevo, perdiendo lo que le queda de prestigio, o pasar a la acción, enfrentándose con los U. S. A. (dilema entrevisto por R. Cartier).

* * *

Y conéctese este asunto con la agresividad de Pekín.

En este aspecto clave, recojamos facetas como: 1.^a Apoyo al pueblo árabe. Como decía el comunicado del Gobierno de la República Popular China, sobre la situación en el Oriente Medio, publicado el 27 de mayo, «setecientos millones de chinos, armados con el pensamiento de Mao Tse-tung, se ponen resueltamente al lado del pueblo árabe para sostener firmemente la lucha que lleva a cabo hoy». 2.^a Ataques a los Estados Unidos y a Israel. Notemos, por ejemplo, que el ministro chino de Asuntos Exteriores—mariscal Chen Yi—denunciaba, el 12 de junio, la colusión del imperialismo americano con los imperialistas británicos, incitando a su galgo «Israel» a una sucia guerra de agresión

contra la R. A. U. 3.^a Oposición a la U. R. S. S. Consideremos cómo el ministro chino del Exterior ponía de relieve, en la fecha antedicha, el ignominioso papel de la pandilla revisionista apuñalando por la espalda a la resistencia árabe. Parejamente, observemos que—con ocasión de la visita del jefe de Estado de Zambia—el primer ministro chino—Chou En-Lai—atacaba a la U. R. S. S.—el 21 de junio—con estas palabras: «El revisionismo soviético conspira activamente con los dirigentes imperialistas americanos en las Naciones Unidas, a fin de sacrificar los intereses revolucionarios del pueblo del Vietnam, de los países árabes, de Asia, de Africa y de Iberoamérica». *La Unión Soviética ha traicionado al mundo árabe durante la guerra del Oriente Medio, para atraerse la amistad de los Estados Unidos*, declaraba el 26 de junio el *Diario del Pueblo*, en un largo artículo relativo a la resolución del C. C. del P. C. soviético sobre la posición de Moscú en la crisis medio-oriental. El periódico declaraba que esta resolución ha sido preparada «como un regalo que Kosyguin—el dirigente revisionista soviético—debía ofrecer a Lyndon Johnson durante su peregrinación a los Estados Unidos». Por lo demás, la Agencia «China nueva» verá en el viaje de Kosyguin a los U. S. A. «una nueva fase de colaboración más estrecha, más profunda y todavía más contrarrevolucionaria entre Moscú y Washington».

Que el asunto es grave y que inquieta a Moscú se evidenciaba cuando el 21 de junio denunciaba públicamente, por primera vez, la intervención de China en la crisis del Oriente Medio, saliendo al paso de «la campaña de calumnias y de las acciones escisionistas del grupo de Mao Tse-tung, que apuntan a la desunión de las fuerzas antiimperialistas y a minar la confianza entre los pueblos de los Estados árabes y los pueblos de los países socialistas».

2. *La política de los Estados Unidos.*

Trazando la líneas directrices de la política soviética, pasemos al enfoque de los caracteres de la problemática estadounidense.

1. Mundo árabe. A pesar de la ayuda de Eisenhower a la crítica posición de Egipto en 1956 (con la «connivencia» de los soviéticos, contra ingleses, franceses e israelíes), y a pesar de haber sido auxiliado el pueblo egipcio con cereales por los Estados Unidos (por millones de dólares y para que los egipcios no murieran de hambre), Nasser acusaba—en «la mentira más desvergon-

zada lanzada en muchos años por una maquinaria de propaganda»—a los Estados Unidos de haber usado aviones de la VI flota para ayudar a Israel. «Los Estados Unidos y la Gran Bretaña—afirmaba el mando supremo de las fuerzas armadas egipcias, el 6 de junio—se han asociado a la agresión israelí, en cuanto a las operaciones aéreas».

Dos facetas de la acusación árabe: a) constituir una coartada para—de alguna manera—explicar la derrota a los pueblos árabes, y b) atraer a la U. R. S. S. al conflicto.

Pero la alegación egipcia era quizá la única «agresión» que Johnson no estaba dispuesto a perdonar a los árabes. A los ojos de Washington, éste es un crimen capital, el ejemplo del grano de arena que, en otras circunstancias, hubiera podido impedir el diálogo de los dos *supergrandes* y provocar una guerra accidental.

El hecho real es que el portaaviones norteamericano más próximo se hallaba a más de 250 millas de distancia de Egipto. Ni un solo avión salió de los portaaviones estadounidenses. Y los rusos, cuyos navíos habían estado siguiendo a los buques americanos venticuatro horas al día, lo sabían muy bien.

Estas maniobras egipcias continuaban. En las Naciones Unidas un miembro del Gobierno de El Cairo ha dicho que la R. A. U. ha sido víctima de la injusticia y de la incomprensión de los Estados Unidos. Y en la capital egipcia se ha afirmado que el presidente Johnson había dado a Egipto la seguridad de que Israel no comenzaría la guerra, que había aprobado la misión de U Thant a El Cairo y que había propuesto la celebración de entrevistas americano-egipcias—a un alto nivel—con vistas a resolver la crisis, etc.

2. Israel. Hay una primera realidad: «tener a los Estados Unidos de su lado parece ser una política de seguridad para Israel» (J. Alsop).

Ahora bien, en este asunto, cunden las interrogaciones. Como ha escrito Drew Pearson, el más importante factor desconocido en la crisis del Cercano Oriente es la clase de compromiso que los Estados Unidos tengan con Israel (a cambio de la promesa de éste de no producir armas nucleares, etc.).

Con todo, nos encontramos con que, en declaración del presidente Johnson, el 23 de mayo: 1) «los Estados Unidos están firmemente comprometidos a sostener la independencia política y la integridad territorial de todas las naciones del Cercano Oriente», y 2) «dos Estados Unidos consideran que el golfo de Akaba es una vía de paso internacional».

Ahora bien, en la óptica israelí al permitir los EE. UU. el bloqueo del

golfo de Akaba, faltaban a la obligación de asegurar la independencia de Israel. Por tanto, no pueden poner a Israel en la obligación de mantener la integridad de sus enemigos vencidos. A juicio de los israelíes, los términos *independencia e integridad territorial* eran inseparables.

En última instancia, hay una cosa importante: la guerra ha sacado a los Estados Unidos de una *incómoda situación*. Israel ha demostrado que no necesitaba una eventual intervención estadounidense para salvarse de la destrucción con que le amenazaban los árabes.

Ahora bien, ello no ha impedido que las relaciones de Washington con los Estados árabes hayan quedado muy afectadas: rupturas (6 de junio) de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos (y con el Reino Unido); «sanciones» económicas (aparte del cierre del canal de Suez); control estatal de las sociedades inglesas y estadounidenses por Argel; daños a las embajadas, consulados y bibliotecas de los EE. UU. y puesta en peligro de vidas norteamericanas en todo el Cercano Oriente; petición oficial del Gobierno libio a los Gobiernos de los EE. UU. y de la Gran Bretaña para retirar—lo más pronto posible—las bases militares y las tropas de estos dos países en territorio libio (15 de junio), etc.

3. *La convergencia Washington-Moscú.*

Pues bien, lo llamativo—aunque no sorprendente—es que en estas circunstancias internacionales se haya puesto la atención sobre *«la responsabilidad particular de las potencias mundiales por la paz del mundo»*. En ello insistía el ministro alemán de Asuntos Exteriores, W. Brandt. En 1966, Ben Gurion había afirmado: *«La paz en el Cercano Oriente vendrá cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética decidan que debe haberla»*.

Es más. Se llega hasta sostener—por la *Frankfurter Allgemeine*, el 6 de junio—la necesidad de *«una presión común* de las grandes potencias sobre los dos campos». Raymond Cartier sostiene categóricamente: *«Sólo hay una solución pacífica posible: que Rusia y Norteamérica se pongan de acuerdo sobre los términos razonables y que los dicten a los antagonistas»*.

Y en esta tesitura el mundo ha esperado—en palabras del canciller germano, el 7 de junio—que las grandes potencias hiciesen valer dentro y fuera de las Naciones Unidas toda su influencia para limitar el conflicto y ponerle rápidamente fin.

* * *

Una vez más, nos hallamos ante la problemática de la llamada *disuasión atómica*.

Esencialmente, en lo que aquí importa, esto: 1. La neutralización militar de los *grandes* (a que se ha referido G. Montaron, en *Témoignage Chrétien*). 2. La voluntad de paz de los dos *colosos*, pero *su* paz (implicaciones del asunto *pax americana versus pax soviética*). 3. La imposibilidad de impedir las superpotencias el estallido de conflictos locales (ingrediente de esta dialéctica resaltado por la *Frankfurter Rundschau*, 13 de junio). Máxime cuando una de ellas lo considera como una *guerra de diversión*, etc.

Ahora bien, el peligro de tal dinámica es el *encadenamiento de los problemas*. Por ejemplo, puede pensarse—con J. Alsop—que Nasser y sus amigos soviéticos creyesen, tal vez, que la enormidad del compromiso estadounidense en el Vietnam ofrecía una oportunidad particularmente buena en el Oriente Medio. En todo caso, esta creencia ha anidado en figura tan *política* como De Gaulle. El 21 de junio, ante el Consejo de Ministros de Francia, el general-presidente ligaba el conflicto del Cercano Oriente al conflicto del Vietnam: «*un conflicto contribuye a suscitar otro*». Y lo notable—lo notable de verdad—es que la decisión del C. C. del Partido Comunista soviético sobre la política de la U. R. S. S. en el caso de la agresión de Israel en el Oriente Medio relacionase la guerra de bandidaje «de los EE. UU. en el Vietnam con la acción de Israel en el Cercano Oriente, valorándola como un anillo de la cadena de la política de los medios guerreros imperialistas, que intentan detener los progresos de la obra de independencia nacional, de la democracia, de la paz y del socialismo».

Situación que aparece cargada de riesgos catastróficos: estamos situados en un proceso que no puede conducir más que a la guerra mundial. Esto lo ha subrayado un portavoz del Gobierno de París. Pero estimación que tiene ambiente en otros medios. Así, el presidente de la República turca argumentaba —en París, el 27 de junio—del siguiente modo: «El conflicto armado que ha sacudido recientemente al Oriente Medio ha mostrado, una vez más, cómo la paz mundial se asienta sobre bases precarias y en qué grado podemos encontrarnos, de golpe, al borde del abismo de una conflagración fatal». Y el 13 de junio el periódico *Frankfurter Rundschau* mantenía que las potencias mundiales no pueden tener la seguridad de que el próximo conflicto localizado no las arrastre a un *enfrentamiento directo y fatal*...

* * *

En todo caso, por encima de ideas y de palabras—sean de De Gaulle o de otros—, no cabe olvidar que—como ha señalado el ministro alemán del Exterior—«cuando la crisis llegó a su momento culminante, *todas las potencias responsables, incluida la Unión Soviética*, intervinieron para evitar un conflicto a escala mundial».

Y lo fundamental es que el *estletipo rojo* funcionaba—un hecho—durante la crisis del Cercano Oriente; que entre Johnson y Kosyguin se celebraban—otro hecho—las entrevistas de Glassboro y que—como ha subrayado Roger Massip—los estadounidenses y los soviéticos desempeñaban un *papel determinante* en el trabajo diplomático realizado «al margen de las deliberaciones del Consejo de Seguridad». Poniéndose el acento en la singularidad de que los occidentales han evitado toda acción precipitada para que la U. R. S. S. pudiera unirse a ellos en la puesta a punto de una orden de alto el fuego, y en la particularidad de la moderación manifestada por Moscú.

Y eso a pesar de circunstancias tan ominosas como las siguientes: el enfriamiento de las relaciones ruso-americanas—como resultado de la intensificación de la lucha en el Vietnam—, la consiguiente delicada posición soviética en el mundo comunista—por no haber logrado persuadir a los EE. UU. de suspender los ataques contra el Vietnam del Norte como primer paso hacia la paz—y el enojo soviético por la *incomprensible* actitud de la Casa Blanca y del Departamento de Estado, al no parecer darse cuenta de la importancia de la suspensión de los bombardeos aéreos contra el Vietnam septentrional.

Cosa que no debe sorprender a todo el que esté al tanto de los componentes de la coexistencia y de la disuasión nuclear. La coexistencia implica un cierto grado de interés común, cooperación y reciprocidad. Nos explicaremos. En una escena mundial bajo la sombra de la guerra termonuclear, las relaciones con el adversario—enemigo potencial—no es una cosa de *puro* conflicto u oposición, sino que comprende fuertes elementos de interés mutuo en evitar una guerra que ninguno de los dos lados desea, en disminuir los riesgos de la competición en los armamentos, en cortar los objetivos y la violencia de una eventual guerra o en evitar crisis, falsas alarmas e intenciones erróneas, etc.

* * *

Ahora bien, en toda esta materia, queda en pie la singularidad de la *irresponsabilidad de los supergrandes*. Toda persona de sentido común se preguntará con la cristiano-demócrata *Koelnische Rundschau* (Colonia, 6 de junio): «¿Era

razonable dejar estallar el conflicto, para—después que la sangre hubiera corrido un cierto tiempo—poder desmontar mejor la crisis?»

He ahí el punto sensible. Algún comentarista—por ejemplo, R. Cartier—ha enjuiciado duramente la política de las dos superpotencias ante la gestación de la crisis. Rusia dejaba «evolucionar una situación explosiva, convencida de que saldría de ella sin arriesgar un éxito diplomático». «La otra superpotencia remoloneaba, en lugar de obrar». Johnson intentaba que las potencias marítimas compartiesen «la responsabilidad de volver a abrir el golfo de Akaba», las cuales se escabullían del asunto... Otros—verbi gracia, De Gaulle—, no han limitado sus críticas a los dos *colosos*, sino que han vertido—sin rebozo—sus severos juicios sobre los EE. UU., la U. R. S. S. y la República Popular China. En la comida de gala, en el Elíseo, en honor del presidente de la República turca, Charles de Gaulle aludía—el 27 de junio—a «las pasiones que [en el conflicto del Oriente Medio] se han levantado por *las ambiciones dominadoras y opuestas de Washington, Moscú y Pekín*».

4. Una gran «ausente»: Europa. La «voz» de Francia.

Ahora bien, en todo este inmenso asunto resulta angustioso ver cómo únicamente pueden hablar las superpotencias, incluso en crisis, que se producen junto a Europa (Kiesinger).

M. Pleven ha hecho ver en el Parlamento europeo la paradoja de la falta de toma de posición europea ante la crisis medio-oriental, cuando la U. R. S. S. y los EE. UU., que—pudiendo prescindir perfectamente del petróleo del Oriente Medio y de la navegación a través del canal de Suez—han sido los primeros en elevar su voz. El orador denunciaba la pasividad de los jefes de Estado o de Gobierno de Europa, declarando: «La palabra *neutralidad* debe pronunciarse *dimisión*».

De nuevo nos encontramos ante la realidad de que «nuestro continente sólo podrá ejercer su influencia si consigue crear una voluntad común» (Jean-Jacques Servan-Schreiber).

Pues bien, Walter Lippmann ha pensado que «liquidar un imperio y transformar una red de conexiones mundiales es un proceso que va a ocupar a los británicos y los europeos varios años». Y es dentro de ese contexto como ha de entenderse el protagonismo europeo hacia el mundo árabe (y el mundo subdesarrollado en general).

En ese camino conviene recordar que M. Rey—presidente del Ejecutivo único de las comunidades europeas—ha hablado de las responsabilidades de Europa en el desarrollo de los Estados árabes del Oriente Medio.

* * *

Pues bien, en la línea de ese ansiado protagonismo cabe citar la *ágil* postura de la V República ante la crisis israelí-árabe.

Primeramente, téngase presente el criterio gubernamental francés de la responsabilidad de las *grandes* potencias—no únicamente las superpotencias—en el mantenimiento de la paz. Así, el Gobierno de París sugería—el 24 de mayo—que los cuatro *grandes* se concertasen para asegurar el mantenimiento de la paz. Sugerencia bien vista por Washington y Londres, pero que será «ignorada» por Moscú. Cosa lógica esta última, si tenemos en cuenta las constantes acusaciones de Pekín y la atmósfera de extremado nervosismo reinante en los países árabes, en donde Israel no es visto más que como una marioneta de los Estados Unidos. Aunque tal postura no impedía las dos escalas de Kosyguin en la capital gala.

En segundo lugar, recordemos el reconocimiento del Gobierno de De Gaulle de que cada uno de los Estados del Oriente Medio—concretamente Israel—«tiene el derecho a vivir»; su condena de la amenaza de destrucción esgrimida contra Israel por los países árabes; su reserva de la posición sobre la hipoteca establecida en contra de Israel en el asunto de la navegación en el golfo de Akaba, y su advertencia frente a quien abriese primero el fuego—por consiguiente, la condena de la apertura de hostilidades por Israel—.

Política que permitirá el intercambio de mensajes entre el general-presidente y Burguiba y Bumedian; la visita del presidente rumano del Consejo, Maurer, a París, la del monarca jordano, etc. Pero que no ha de impedir el desconocimiento del decisivo papel del material de guerra de fabricación francesa utilizado por las fuerzas armadas israelíes (faceta realmente sustanciosa). Por más que, con el advenimiento de la lucha, el Gobierno de París se enrolase en la política *oficial* de «embargo»...

IV.—HACIA LA SOLUCIÓN DE LA CRISIS.

1. *El marco mundial: la O. N. U.*

Tras tocar la conducta de los *grandes señores feudales* en el contemporáneo monopolio interestatal, se impone hacer mención de otra manifestación de la picaresca internacional: la *demagogia de las masas a escala planetaria*. Palpablemente, en la O. N. U.

Y no haya gestos de dignidad ofendida, etc., a este respecto. Hace ya bastantes años se sostenía que el Consejo de Seguridad ha sido utilizado por sus miembros «como una plataforma para propagar sus ideas políticas, para la expresión de sus ideas políticas, enderezadas a influir sobre las acciones inmediatas de otros países y como un medio de ganar o de mantener amigos y aliados». Parejamente, en otro aspecto de la cuestión, se ha dicho que los Estados—grandes o pequeños—han visto en las organizaciones internacionales instrumentos a través de los cuales podrían promoverse algunos elementos de sus intereses nacionales.

Y, por si estos asertos no fueran convincentes, no hay sino traer al recuerdo cómo Pablo VI, en su discurso ante la Asamblea General de la O. N. U., indicaba que esta urdimbre era digna de «agradecimiento y gloria por los conflictos que ha evitado y por los que ha arreglado». Pero cómo notaba también que los resultados de sus esfuerzos de la paz, hasta los últimos tiempos, «*todavía no sean decisivos*».

Pues bien, en esa tónica de no decisión, notemos:

1. Antes del estallido de las hostilidades israelí-árabes, la significación del papel del secretario general de la O. N. U. en el desencadenamiento de la guerra de junio. «Considerando que la presencia de tropas de la O. N. U. en la región de Gaza confería ventajas al Estado de Israel para el desencadenamiento de una provocación militar contra los países árabes, el Gobierno de la R. A. U. [pedía] a la O. N. U. la retirada de sus tropas de la región indicada». A la solicitud egipcia, respondía la «precipitada» decisión afirmativa de U Thant—«sin previa consulta con el Consejo de Seguridad o de la Asamblea General», como se resaltaba en algunos medios—.

Con eso, la guerra de nervios subía de tono. Es, como advertía el mismo

secretario general: desde el anuncio de la decisión del Gobierno de la R. A. U. referente a la Fuerza de Urgencia de las Naciones Unidas, la tensión aumentaba en la región medio-oriental. Según el ministro del Exterior de Israel —A. Eban—, la decisión de U Thant había abierto la vía a las hostilidades en el Sinaí. A fin de cuentas, la presencia de tal fuerza había sido «un factor de disuasión y de moderación» (como sostenía U Thant en un informe al Consejo de Seguridad).

2. En plena guerra, lo importante no es que la U. R. S. S.—en oficial y total apoyo a la tesis árabe—pidiera, en el Consejo de Seguridad, la condena de los actos agresivos de Israel, el cese inmediato de las actividades militares contra los Estados árabes y la retirada de todas las tropas israelíes de los territorios árabes a sus líneas de partida (plan rechazado el 14 de junio). O que los estadounidenses propugnasen la celebración de conversaciones directas de las partes en conflicto (criterio que, por ejemplo, se mantenía también por Rumania). No. Lo importante es que el Consejo de Seguridad—como un todo con las grandes potencias—lanzase—el 6 de junio—una resolución pidiendo un alto el fuego inmediato y sin condiciones (y que había sido precedida de un *tête-à-tête* entre los delegados soviético y americano), y que lanzase—el 7 de junio—su resolución ordenando el cese de hostilidades, etc.

3. Aparte, el recurso a la Asamblea General, convocada a petición—un tanto paradójicamente, desde el punto de vista jurídico—de la Unión Soviética. La U. R. S. S., que había abandonado a sus amigos árabes votando una resolución en favor de un alto el fuego sin condiciones, y que había fracasado en su tentativa para hacer adoptar un texto ordenando a Israel la evacuación de los territorios por él conquistados, intentaba una nueva «jugada», haciendo convocar una sesión extraordinaria de la Asamblea. Medida que encontraba la enemiga estadounidense, por no esperar de ella grandes resultados.

Con todo, la Asamblea había de servir—una vez más—de caja de resonancia de los anhelos, acrimonias, espejismos y farsas de nuestro desquiciado mundo (Los párrafos subsiguientes pueden ser una prueba—aunque desmedrada—de nuestro aserto).

2. *La variedad de planes.*

Contando con los ingredientes que componen la actual dinámica inter-estatal del Cercano Oriente, no sorprenderá que se haya dicho—así, por Couve

de Murville, y en la Asamblea General de la O. N. U., el 22 de junio—que esta «*guerra no ha arreglado nada y ha hecho todo más difícil*».

Ahora bien, como ha notado acertadamente el mismo Couve de Murville, las «*données*» básicas del problema siguen siendo las mismas. Se trata de que judíos y musulmanes puedan vivir unos al lado de los otros *en la paz, para la tolerancia y en el respeto recíproco*. ¡Como quien dice nada!

Pues bien, sentada la urgencia del problema, hay que ir en pos de soluciones. Pero, dada la envergadura de él, no cabe esperar resultados extraordinarios.

I.—Un primer paso en esa marcha podría ser la fórmula de la *coexistencia pacífica* entre Israel y sus vecinos árabes, a que se ha referido el periódico *Sueddeutsche Zeitung* (13 de junio). Ello es tanto como conformarse—con Aldo Moro—con una *détente* entre Israel y los Estados árabes (que debía ser facilitada por las NN. UU.).

En ese marco cuente el lector con la existencia de una variedad de proyectos explayados en el ámbito de la O. N. U., etc. Veamos:

1. Un elemento esencial para la solución efectiva de la crisis sería—a entender del presidente del Consejo rumano, Maurer—«el respeto de los intereses fundamentales de cada uno de los Estados medio-orientales, en particular en lo relativo a su existencia independiente y soberana». Alusión evidente a la negativa de los árabes a reconocer la existencia de un Estado de Israel soberano e independiente. «El hecho de que este principio no haya sido reconocido—ha señalado Maurer—ha tenido por resultado una acumulación de dificultades que se han hecho cada vez más agudas hasta alcanzar la situación un punto explosivo».

Pues bien, este principio del respeto de la integridad territorial de las naciones de la región se defiende—de una manera o de otra—por doquier: de Paul Martin, ministro de Asuntos Exteriores del Canadá, a P. Harmel, ministro belga de Asuntos Exteriores, constituyendo una importante parte de la opinión pública universal.

Precisando más en esta materia, indicaremos que algunos han hablado de *fronteras razonables reconocidas por todos* (verbigracia, el *Sueddeutsche Zeitung*, 13 de junio).

Cuestión en la que juega—y mucho—la seguridad. Para Israel, seguridad es sinónimo de paz. El fin israelí de la guerra de los seis días no era la con-

quista territorial, sino la seguridad del territorio nacional. Por tanto, es claro que, como advierte la *Koelnische Rundschau*, si se llegase a la firma de un tratado de paz, si se asistiese a una real reconciliación entre árabes e israelíes, la frontera considerada como una línea de defensa ventajosa no tendría ya un papel tan serio. «Un Estado que no está amenazado por sus vecinos puede permitirse tener fronteras cuyo trazado estratégico sea desfavorable».

En resumen, «es contrario a los intereses de la comunidad internacional que las obras de edificación pacíficas sean estorbadas e incluso destruidas. Esto vale tanto para Israel como para otros países». No olvidando este aserto de Jacques Berque: «La debilidad del derecho no implica la nulidad del hecho». Y la referencia de Pablo VI a «*los difíciles y complejos problemas territoriales que, desde hace largo tiempo, esperan una solución razonable y que el conflicto armado ha puesto [de relieve] trágicamente.*».

2. Accesoión de Jerusalén al estatuto de ciudad internacional, cosa esperada desde hace mucho tiempo (Italia, Argentina, Irlanda, etc.). Y en el sentido dado por Pablo VI: «La Ciudad Santa de Jerusalén debe [ser] para todos lo que ella representa: ciudad de Dios, un libre oasis de paz y de oración, un lugar de encuentro, de elevación y de concordia para todos, *con un estatuto garantizado internacionalmente.*».

De momento, lo interesante es que Israel—por medio de Eban y en la tribuna de la O. N. U.—ha adelantado su intención de establecer la unidad de la ciudad y de garantizar a todo el mundo la libertad de acceso a los Santos Lugares.

3. Seguridad de libertad pacífica de navegación por las vías de agua internacionales, a todas las naciones (defendida por Canadá, Bélgica, Reino Unido, Colombia, Estados Unidos, etc.) y reapertura del canal de Suez.

4. Medidas para detener la carrera de armamentos en la región (punto contenido en el citado Plan Moro y propugnado por los Estados Unidos, etc.). Con toda razón. Subrayemos que la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual sostiene (párrafo 81) que «*la carrera de armamentos es la plaga más grave de la Humanidad, y perjudica a los pobres de manera intolerable.*». Pues bien, el Oriente Medio es un testimonio de esta triste situación (aunque no el único, ni mucho menos). Dígalo el caso de Egipto. Aunque hayamos de reconocer—con el inglés Michel Stewart—que el presidente Nasser ha llevado a cabo una considerable obra de reforma en la R. A. U., se ha de

reconocer también que—como otros reformistas—ha combinado tal actuación con «aventuras militares que no han servido de ayuda a su país, sino que han comprometido de veras la obra de reforma». Véase este nítido ejemplo, aportado por R. Cartier: en 1953, Egipto producía el 77 por 100 de sus alimentos; en 1967 esta proporción ha descendido a menos del 50 por 100...

Ahora bien, ha de saberse que no es Egipto la única muestra de este lamentable discurrir. Obsérvese cómo Arabia Saudí decidía, en 1965, el establecimiento de un nuevo y completo sistema de defensa aérea, a ser suministrado en su mayor parte por un consorcio de firmas británicas y por un valor de unos cien millones de libras esterlinas (aviones, radar y otro equipo) y el resto por firmas estadounidenses. Dentro de este estilo tenemos—con el secretario canadiense de Asuntos Exteriores, el 15 de mayo de 1966—que «varios países del Oriente Medio—en estadios tan críticos de su desarrollo económico—continúan considerándose obligados—por su seguridad nacional—a consagrar grandes sumas de dinero a la disuasión militar»...

5. Necesidad de una pronta y justa solución del problema de los refugiados árabes (Canadá, Gran Bretaña, Estados Unidos, etc.), desde el momento en que—como ha indicado el Gobierno colombiano—la situación de los refugiados es una de las causas principales de la crisis medio-oriental.

Hoy, después de tantos y tantos años transcurridos desde el alumbramiento de este problema, las circunstancias *políticas* del Oriente Medio han frustrado la posibilidad de ofrecer a los refugiados la perspectiva de una vida más feliz y productiva.

Por un lado, como es sabido, no se ha efectuado aún la repatriación o la compensación de los refugiados a que se refería el párrafo 11 de la resolución 194 (III) de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Por otro lado, según es conocido, los llamados «países hermanos» no han sabido, o no han querido, integrar a esos refugiados en el mundo árabe (Boris Eliacheff). Antes al contrario, los campos de refugiados se han convertido—como consigna Claude Julien—en «caldos de cultivo de revoltosos y saboteadores».

Por lo demás, el 30 de septiembre de 1964 el número de refugiados ascendía a 1.252.944 personas (en la franja de Gaza, en Jordania, en Líbano y en Siria). Del problema de atender a estos refugiados—alimentación, vestido, vivienda, servicios sanitarios (¡una media de 25 dólares por refugiado y año en 1963!) y servicios educativos—se encarga la Agencia para los refugiados

de Palestina (U. N. R. W. A.). Con necesidades en aumento. Por ejemplo, en materia educativa. Adviértase que el aumento demográfico anual es de unas 30.000 nuevas bocas. Y la Agencia está en una *crítica* posición financiera (como decía una resolución de la Asamblea General de las NN. UU. de 15 de diciembre de 1965).

Problema de los refugiados que se ha complicado con la crisis del mes de junio: al lado de los antiguos, tenemos los nuevos refugiados (que son numerosos). Incluso el mismo *status* de los refugiados de Palestina, tan precario como haya sido hasta el presente, se encuentra *remis en cause*.

En suma, la U. N. R. W. A. se ve ante nuevas tareas: censo de los refugiados, necesidad de nuevos recursos (con contribuciones gubernamentales: de Suecia, del Canadá, etc.). Y la sociedad internacional (aparte de las responsabilidades *inmediatas* del Gobierno a quien la suerte de las armas ha puesto en contacto con esta cuestión).

¿Solución?

En los medios del Alto Comisariado de las NN. UU. para los refugiados, se piensa que la solución del problema de los refugiados del Oriente Medio podría consistir en *una ayuda en masa a las regiones donde se habrían de establecer definitivamente* (a condición de que se pidiese la opinión de los interesados sobre el lugar de establecimiento).

Es la tónica que mantiene el Gobierno colombiano: tratar el problema «en un espíritu de promoción económica y social», bajo forma de planes internacionales a largo plazo para «integrar» a los refugiados. Las grandes potencias pueden contribuir al desarrollo de la región, siempre que su asistencia económica no sea desviada hacia los armamentos.

6. Necesidad de una presencia reforzada de las Naciones Unidas en el Oriente Medio» (Noruega). Capítulo que ofrece una variedad de facetas:

1.^a Designación de un representante especial, o de un mediador, de la O. N. U., a fin de aliviar la tensión *sur place* (Plan Aldo Moro).

2.^a Nombramiento, por el secretario general de la O. N. U., de un representante encargado de entrar en contacto con las partes en litigio y de tratar de asegurar el buen funcionamiento del alto el fuego, y aumento del número de observadores de las Naciones Unidas en la zona (propuesta de la Gran Bretaña).

3.^a Nombramiento de una persona, o de un grupo de personas, con el cometido—asignado por el Consejo de Seguridad—de mantener el contacto

entre las partes, con el objeto de efectuar una aproximación real entre ellas (Argentina).

4.^a Reforzamiento de la Organización de las Naciones Unidas para la supervisión de la tregua—U. N. T. S. O.—(Canadá, Finlandia).

5.^a Interposición de una zona desarmada entre árabes e israelíes, bajo jurisdicción y responsabilidad de la O. N. U. (España).

6.^a Creación de zonas-tapón a lo largo de las fronteras, donde se situaría una fuerza de las Naciones Unidas, y presencia de un representante del secretario general de la O. N. U., con la misión de estudiar las modalidades de una paz permanente en el área y de someter recomendaciones (Nigeria).

Ahora bien, acerca de lo antedicho, ha de observarse que la sola presencia de una fuerza de paz ha llevado a las partes en disputa—por ejemplo, en Chipre—a pensar que no tenían necesidad de llevar a cabo un verdadero esfuerzo para resolver sus divergencias.

II.—De ahí, por tanto, la lógica del criterio de fórmulas más vertebradoras, más constructivas. Serían las llamadas *soluciones conciliantes* (término de W. Brandt).

A ese tipo pueden responder:

1.º La directriz—mantenida por los diputados del Parlamento europeo—de la firma de un tratado de paz global negociado entre Israel y sus vecinos árabes, en el que se resolverían los problemas en litigio, el reconocimiento de Israel por sus vecinos, el libre acceso a los Santos Lugares, la garantía de libertad de navegación en el golfo de Akaba y en el canal de Suez, la delimitación de las fronteras y la solución del problema de los refugiados.

2.º La directriz de un vasto plan de desarrollo económico para todo el Oriente Medio (Aldo Moro). Postura lógica, ante la elocuencia del subdesarrollo de la zona, fuente de tensiones de todo género. Bien lo demuestran los siguientes pormenores sobre la renta media anual por cabeza (a mediados de la década 1950-1960): Libia, 96 dólares; Sudán, 100; Siria, 111; Túnez, 131; Egipto, 133; Marruecos, 159; Arabia Saudí, 166; Argelia, 176; Irak, 195; Líbano, 269. A comparar con los 540 dólares de Israel y los 2.343 de los Estados Unidos. Y postura lógica, en razón de que—como sostiene la Iglesia Católica—el nombre de la *paz es desarrollo*. (Es decir, no cabe pensar en un sentido patriótico, en un sentido internacional, etc., sin tener un sentido hu-

mano). Pero hay una experiencia en este terreno: el fracaso del llamado Plan Johnson.

3.º Directriz comprensiva de elementos de las dos precedentes (tratado de paz global y plan de desarrollo con ayuda económica de los países de la C. E. E.). Tendencia de la que se han mostrado partidarios miembros del Parlamento europeo, pertenecientes a los diferentes grupos políticos y agrupados en una Asociación Europa-Israel.

III.—Resumiendo, no escasean, pues, las ideas y las propuestas. Hay donde escoger.

Lo malo es que no exista la *buena voluntad* previa. Motivo: el «enrarecimiento» del ambiente. *Todo es en el Oriente Medio más espinoso, más difícil, más peligroso que antes de iniciadas las hostilidades*, afirmará la delegación española en la O. N. U. Un diario francés ha podido escribir de *las nuevas dificultades en el drama ya insoluble de Palestina*. Y Drew Pearson ha sostenido esto: «Pasará bastante tiempo antes de que los pueblos árabes puedan recuperar siquiera el pequeño grado de neutralidad que algunos de ellos sentían hacia Israel en los años 1965 y 1966».

Así nos explicaremos que frente a una fórmula maximalista para el arreglo de las divergencias medio-orientales se aduzca una fórmula minimalista: la inmediata retirada de las fuerzas israelíes a sus líneas de partida (Nepal, Nigeria, Marruecos y, singularmente, el fracasado proyecto de resolución/A. G. de los no alineados). Principio cumbre. Para los soviéticos—a través de la Agencia Tass—, la retirada de las tropas israelíes «es la clave del restablecimiento de la paz en el Oriente Medio». A lo que los estadounidenses han opuesto la tesis de que una retirada de ese tipo significaría un nuevo bloqueo del golfo de Akaba y del canal de Suez, la reanudación de los incidentes fronterizos, etc. Por eso, tal vez, en el también fracasado proyecto de resolución de los iberoamericanos, aunque se pedía la retirada, se sometía a determinadas condiciones. Y por eso, tal vez, la delegación española, al votar en favor del proyecto presentado por los no alineados, entendía que tras la retirada de las tropas de Israel—condición previa a toda negociación—debía exigirse que inmediatamente el Consejo de Seguridad estudiara activamente todos los problemas del Oriente Medio y pusiese fin al estado de guerra.

V.—LA NECESIDAD DE UN «MODUS VIVENDI». EL RIESGO
DE LA INACCIÓN: EL CAOS INTERNACIONAL.

No obstante, hay realidades que conducen a la necesidad de un racional *modus vivendi* (si no por el camino de la inteligencia, o del humanitarismo, sí por el camino de las exigencias políticas).

1. Por parte israelí, tenemos que—como ha advertido, el 12 de junio, la *Deutsche Welle (Voz de Alemania)*—una paz duradera planteará grandes exigencias a Israel. «Para una solución duradera, Israel deberá mostrar una *prudente moderación*». Los medios oficiales de información del Gobierno de Bonn han sostenido que la única manera de que pueda surgir un nuevo sistema de relaciones entre los países del Cercano Oriente es que *en una paz futura se evite todo recuerdo de la derrota militar árabe*.

A) Acerca de una actitud conciliante de Israel, tenemos hechos como:
a) En el pasado año, el presidente de la Universidad Hebrea de Jerusalén—Eliahu Elath—hablaba de «cuando la paz prevalezca también en esta parte del mundo y cuando la relaciones entre Israel y sus vecinos estén basadas en *la mutua comprensión y la cooperación*». Aún más. Este israelí se colocaba entre los defensores de la paz duradera, al sostener que «la paz no es sólo un asunto de impedir la guerra» y mostrándose en pro de dar los «pasos efectivos, a fin de elevar los niveles cultural, económico y social de los pueblos y de los Estados». b) En el mes de junio, el presidente de Israel ha dicho que, «desde hace veinte años, jamás han sido tan buenas las perspectivas de paz con los Estados árabes». A su juicio, «si los Estados árabes quisieran discutir la paz con nosotros y olvidar su guerra contra nosotros, tenga la confianza de que no habría problema alguno que no estuviéramos en disposición de arreglar por negociaciones directas».

B) En todo caso, para confiar en la moderación de las reivindicaciones israelíes, ha de caerse en la cuenta de: a) Los peligros que acecharían a una sociedad israelí con—circunstancia problemática—de miles y miles de árabes dentro de sus fronteras, originando dificultades económicas y de seguridad. Con un peligro máximo: la necesidad de acudir a los métodos del Estado-policial. Perspectiva nada halagüena. b) El riesgo de que la actual situación egip-

cia—bancarrota con agotamiento de las reservas de divisas, deuda con Rusia, pérdidas ocasionadas por el cierre del canal de Suez y ruina de la industria turística—podría inducir a *alguna jugada desesperada* (J. Alsop). No se olvide lo consignado por Max Lerner: la *élite* de una nación derrotada tiende más a hacerse comunista que la de una nación vencedora. Y en estos derroteros ha de destacarse el complejo de fracaso, desilusión y odio que lleva consigo el traumatismo de la derrota, con espíritu de *segundo «round»*, etc.

2. Del lado árabe ha de reconocerse que son grandes los obstáculos—psicológicos, etc.—a superar. Comprender, perdonar, convivir, resultan tareas arduas en extremo (más que el simple, y simplista, odiar).

Sin embargo, conviene recordar que en favor de la tesis del *modus vivendi* abonan realidades como: a) En el mismo Egipto hemos descubierto algunos aires *realistas* en torno al fenómeno «Israel». Así, en un influyente órgano político egipcio se ha escrito: «Todos—amigos, neutrales o enemigos—rechazan la tesis de la desaparición de Israel. Esto significa que ella no puede constituir un buen punto de partida. Esa 'palabra de orden' que hemos sostenido de una manera febril, ha permitido a Israel ganar el primer *round*, aun antes de que se hubiera hecho el primer disparo». Hasta se ha dicho—también en tierras egipcias, y por H. Heykal, redactor en jefe del diario *Al Ahram* y amigo personal de Nasser—que la R. A. U. había aceptado una proposición de U Thant, en la cual un extremo consistía en la suspensión egipcia del control de los barcos atravesando el estrecho de Tiran. b) La multiplicidad y la amplitud de los problemas de las sociedades árabes, exigiendo una acción urgente y generalizada (en una época de «esperanzas crecientes» de las masas, con apremiantes demandas y explosivas consecuencias, caso de no ser satisfechas). c) La urgencia de reparar los desastres de la guerra. Recojamos, como muestra, la situación jordana: inmenso desastre militar (aniquilamiento del Ejército, con seis mil muertos en un total de unos treinta mil hombres), e inmenso desastre económico (separación por el Jordán de fábricas y empresas con actividades complementarias; imposibilidad de supervivencia de empresas, al romperse el mercado; pérdida de superficie cultivable; ruina del turismo; aumento demográfico, con la arribada de refugiados, etc.). d) El enorme valor de esas «grandes tradiciones del Islam» de que frecuentemente se habla.

3. En suma, estamos ante la gran tarea de un cambio total de mentalidad—la gran exigencia del Oriente Medio—, en marcha hacia un auténtico des-

arrollo moral, cultural y material (lejos de masas alimentadas con fanatismos y hambrientas de pan y de cultura).

Ese debía ser el gran cometido de las superpotencias. Ahora bien, ni una ni otra—por los motivos que sean—han sabido aportar un coherente sistema de existencia internacional. Incluso, ni han podido mantener su *leadership* dentro de los respectivos sistemas regionales. Mientras proceden, obsesivamente, a experimentos espaciales, no saben pensar *humanamente* en términos de la edad espacial.

Difícil asunto, por tanto, ante: *a*) un cúmulo de sospechas, hostilidad y desconocimiento, corriendo a lo largo de tantos años, y *b*) en el «estado de anarquía» en que—según sostiene Schwoebel—vive la sociedad internacional.

En el primer perfil, una exigencia fundamental es comprender completamente los múltiples factores económicos, sociales y políticos que forman parte de la cuestión, y otra, caer en la cuenta de que, en el «juego» con los *colosos*, los países pequeños corren el riesgo de convertirse, con frecuencia, en simples *posiciones estratégicas*, en simples *objetos políticos* (tendencia al enfeudamiento).

En el segundo perfil, ver la urgencia—cada vez más urgencia—de un *tercer grande* que introdujera en la dinámica internacional un *poco más de inteligencia* y un *poco más de corazón*. Hoy por hoy, la formación de una *verdadera Europa*.

Pero, mientras tanto, lo dramático es que apremia una solución *humana* para la crisis medio-oriental. Y si—como es de esperar—los gestadores de los rumbos del discurrir interestatal contemporáneo tratan de buscar—y de imponer—su solución—que, a la postre, no será solución—, bueno sería recordarles que, según sea el signo de ella, puede darse un paso más hacia ese panorama caótico, que algunos escritores auguran para el futuro internacional, y dentro de la problemática de la globalización de la lucha de clases... Por ejemplo, el citado Schwoebel ha indicado que, si la organización de la Comunidad Mundial no se hace democráticamente y si, concretamente, la ayuda a los países subdesarrollados no es institucionalizada, multiplicada y hasta impuesta a los Estados por una autoridad internacional, nada podrá impedir que los millares de millones de hombres subdesarrollados cedan a la tentación de la violencia y vuelvan sus ojos hacia Pekín. Entonces, en un mundo que el nacionalismo paternalista de las grandes potencias había impedido organizar en Comunidad democrática y muy social—por no decir socializante—la división entre las naciones proletarias y las naciones *possédantes*, tomaría un carácter de inmensa gravedad.

LEANDRO RUBIO GARCÍA

Admonición que se puede conectar a esta aseveración del representante permanente de España en la O. N. U.: *si no reciben los árabes la amistad que merecen aparecerán irremisiblemente en las riberas mediterráneas unos poderes que destruirán los actuales sistemas de equilibrio.* (Pero con las implicaciones de la «comprensión» de Israel).

Apelación, pues, no sólo al sentido de la responsabilidad—de que hablara el Gobierno alemán—, sino al genio del distingo, y de la dosificación y a la viva imaginación.

Pero, a la vista de la envergadura de esos talentos—precisos en unos, precisos en otros, precisos en todos, mas poco corrientes—, fácil es pronosticar la difícil forja de un *orden humano* en el Cercano Oriente...

LEANDRO RUBIO GARCIA.